

SOMOS
VIOLETAS

MARTA GALISTEO

Segunda edición.

Somos violetas.

© 2024, Marta Galisteo.

© Corrección: Victoria Mera.

© Diseño de portada: Marta F. Alarcón.

© Diseño de interiores: Marta F. Alarcón.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

A quienes alguna vez florecieron en invierno.

Soy Alice y estoy en la cárcel por asesinato. Esto es una confesión. Si la tienes entre tus manos, es porque eres un amigo o un familiar que espera una explicación. Lo sé porque llevo aquí unos años y ninguno habéis venido a verme ni me habéis llamado por teléfono, eso está muy feo, al menos podríais enviarme una tarta con una lima dentro para arreglarme las uñas, las tengo hechas un asco, aquí no hay salones de belleza. Si lo hacéis, meted también un esmalte color burdeos, por favor, que sea de Dior.

Mi compañera de litera está enamorada de mí. Me dan de desayunar, de comer y de cenar. Tengo una biblioteca, un gimnasio y salimos al patio dos veces al día a tomar el sol, no está tan mal. Además, me estoy sacando la carrera de Derecho gratis, por fin, mamá, como querías, y sin pagar un penique.

Maté a alguien. También maté de pequeña a un pez, pero eso no cuenta, se me cayó sin querer por el desagüe mientras limpiaba su acuario. No estoy loca, no mataría a mi mascota por placer. Tampoco tengo brotes psicóticos ni atropellé a una persona por accidente, acabé con la vida de un ser humano con plena consciencia. Creo que algún día que otro me arrepiento, pero no todos, no la mayoría. Dicen que el asesino nace, pero yo creo que se hace, igual que hay nuevos ricos, hay nuevos asesinos. ¿Cómo llegué a esta situación? Te sorprenderías del poder de la mente cuando la sometes a niveles de estrés muy altos, hay gente que consigue mover cosas sin tocarlas, ¡y eso sí que es antinatural! Si lo comparamos con suicidarse, por ejemplo, matar, que está en el

instinto de supervivencia, no es tan raro. Al revés, según en qué situaciones, podría considerarse más normal que tomarse un té a las cinco de la tarde.

Aquí hay de todo. Eso sí, también hay locas de remate, ¿por qué no las metieron en un psiquiátrico? Seguro que tenían un mal abogado. Una mujer se cargó a sus tres hijos, ¡eso sí que es fuerte! Ella dice que el infanticidio es una herramienta muy poderosa para garantizar la supervivencia de muchas especies. Es cierto, es una conducta muy corriente en el mundo animal, pero solo tiene sentido si eres un león, un primate o un insecto, y, sobre todo, si eres macho. Qué cosas, ¿no? Hay otra chica que le cortó la polla a su marido, dice que fue sin querer en una sesión de sado, ¿en serio, Abie? Le metiste los cojones en la boca, ¡nadie se cree que fue sin querer! Dicen que todo lo malo se pega, espero que cuando salga de aquí no se me haya pegado nada de estas zumbadas.

Pensarás que estoy muy tranquila, lo estoy porque después de aquel día el mundo es un poquito mejor. En serio, si supieras lo que ocurrió, le pedirías al primer ministro que ordenara un monumento en mi honor en medio de Trafalgar Square, ¿no existe ninguna asociación que se encargue de eso? Podrían quitar la estatua de Charles James Napier y poner la mía, solo que sería de oro y la gente se haría fotos tocándome el culo para tener suerte en el amor, como con la teta de Julieta. ¡Mirad, esa es la chica que pasó media vida encerrada por librar a la humanidad de una persona sin corazón, toquémosle el culo! Cuando salga de la cárcel, crearé una asociación que se encargue de esas cosas, se llamará «ALICE, Asociación de Lucha por la Integridad de las Criminales Ecuánimes». Llenaré el mundo de culos de oro desgastado.

No he escrito estas páginas para exculparme, sé que matar está mal porque lo dicen los diez mandamientos y ante eso, amén. Escribo esto para que tengas la conciencia tan tranquila como yo. Tienes muchas ganas de saber qué ocurrió en mi cabeza, qué transformó a una chica aparentemente normal y de clase acomodada en una asesina. Lo sé, quieres ir a las últimas líneas directamente y descubrirlo, pero hazme caso, no entenderías nada. Tienes que escuchar mi historia desde el principio, y eso se remonta al momento en el que Demian y yo rompimos.



EL REENCUENTRO

Aquella noche llovía a cántaros, estábamos de pie en la boca de metro de Oxford Circus y solo recuerdo que sus ojos negros no expresaban toda la tristeza que a mí me hubiera gustado. Nunca supe si lo dejó él o lo dejé yo, puede que ambos supiéramos desde el principio que esa relación no iría más allá de unos cuantos meses, pero lo cierto es que al final le había cogido cariño y me costó un poco decir adiós.

Anduve a la deriva bajo la lluvia, sin paraguas, solo con el abrigo impermeable de capucha que había comprado el invierno pasado. Es una verdadera pena que me lo quitaran al entrar en la cárcel, me vendría de lujo cuando llueve en el patio y no se puede tomar el sol. Por alguna razón, esperaba que algo mágico sucediera esa noche: que él volviera corriendo detrás de mí, me diera un beso de los de película y me dijera que quería estar conmigo «por siempre jamás». Pero eso nunca ocurrió y, en su lugar, una gran ola de agua y barro proveniente de debajo de las ruedas de un autobús me despertó de la fantasía.

En ese instante apareció Connor, otro ex. Y ahí estaba yo, lloriqueando bajo un impermeable empapado y llena de barro hasta las cejas.

—Das asco, Alice —espetó sonriente mientras me tapaba con su paraguas. Él vestía un traje azul marino perfectamente planchado (y seco), el cabello oscuro estratégicamente despeinado y unos zapatos de piel que parecían recién comprados. Ya no era el niño que dejé con veintidós años, había madurado.

—¡Hola, Connor! ¿Qué tal estás? ¡Me alegro de verte!

—En serio, estás guapa, a tu manera. —Y me guiñó uno de sus enormes ojos azules. Connor siempre había sido un chico muy atractivo y él lo sabía, una persona con ese magnetismo que solo algunos tienen—. Estaba a punto de coger un taxi, ¿vas a tu casa?

«Sí, por favor, llévame a casa, démonos el lote en el asiento de atrás y después puedes quedarte a dormir si quieres. Te prepararé el desayuno mañana, tortitas con beicon y sirope de arce, como te gusta».

No, no fue eso lo que dije. En cambio, solté un:

—Prefiero caminar, pero gracias.

—Bien, caminemos juntos. Y dime, ¿qué andas haciendo? — Por supuesto se refería al plano profesional, cuando estábamos juntos yo estudiaba Periodismo y mis inquietudes laborales, que se balanceaban entre ser actriz y fotógrafa, eran bastante inciertas.

—Finalmente me decanté por la fotografía, retrato novias, ¿tienes novia? —Esa estupidez sí salió de mi boca antes de que mi lento cerebro pudiera filtrarla, y en ese momento solo deseaba que se formara otra ola de barro encima de nuestros pies para poder cambiar el rumbo de la conversación.

—Si lo hubiera sabido el año pasado, te habría contratado. —Me fijé en su mano derecha y ningún anillo dorado lucía en el dedo anular, tampoco había señal de que hubiera estado ahí antes. Suspiré, pero el alivio duró poco tiempo—. Me casé con Ana, ¿te acuerdas de Ana? Era la novia de Lucca hace años, ¿te acuerdas?

—Ah sí, Ana... Claro, ¡enhorabuena! —Tocada y hundida. Probablemente el anillo colgaba de su cuello, una rara costumbre de muchos hombres que no sé si tiene que ver con una incomodidad real o cierto miedo al compromiso—. ¿Sabes? Estoy un poco cansada de caminar, creo que me gustaría coger ese taxi. —Cómo echo de menos los taxis.

Durante la vuelta hablamos de banalidades y nos deseamos suerte (ya ves), ¿me podía pasar algo más? Claro que podía, ya he dicho que estoy en la cárcel, ¿verdad?



EGOCÉNTRICO NARCISISTA

Pasé la mañana siguiente escuchando el último CD de Adele en bucle mientras recopilaba por toda la casa cada uno de los recuerdos que me unían con Demian. Los metí en una caja que cerré con cinta aislante y marqué con el número cuatro, el total de relaciones relativamente serias (y fallidas) hasta el momento. A continuación, escribí las palabras «celoso patológico» y la apilé junto a las otras tres en el fondo del altillo. Siempre he sido bastante radical en mis relaciones y, una vez se acaban, elimino todo rastro de esa etapa, lo guardo y lo defino con un adjetivo que me ayude a recordar por qué esa persona no es para mí.

En mi celda no tengo altillo ni cajas, así que me tengo que joder y guardar debajo del colchón todas las tonterías que me regala mi compañera de litera. Hago un llamamiento a quien quiera que se encargue del almacenamiento y orden de este antro: si existes, pon taquillas como en el instituto, las necesitamos mucho más que el gimnasio; aquí tener un cuerpazo y lucir palmito es un peligro, por primera vez en mi vida me alegro de tener celulitis. Es cierto que no tengo muchas cosas que guardar, no podría hacer una caja de recuerdos, aunque hubiera tenido

una tórrida relación lésbica. La cosa es poco probable que ocurra porque de momento no estoy tan necesitada, pero de estarlo, elegiría a Thais Brown, mi mejor amiga dentro de la cárcel. Prácticamente sería un delito que nos liáramos, ¿pero ya qué más da? La pobre niña tiene diecinueve años y toda una vida encerrada por delante. Está aquí por asesinar a su padrastro y por homicidio imprudente de su hermano pequeño, un bebé de cuatro meses. Ella dice que hizo un «dos por uno» como en las rebajas, y yo me río mucho. He aprendido a reírme de todo, incluso de todo lo que no tiene gracia, por supervivencia mental. Así que una caja de recuerdos suya contendría una pistola, un biberón y poco más. Un drama. Para mí, precintar todos esos recuerdos es como «cerrar la puerta», algo que desde pequeña me ha resultado absolutamente necesario para evadir los deseos de retomar relaciones pasadas, pese a lo dolorosas que estas hayan sido. Con solo diez años estuve saliendo, si se puede llamar así, con un niño del colegio, Will. Solo nos cogíamos de la mano y una vez nos dimos un beso en la mejilla. Cuando supe que también había besado a mi amiga Carrie, guardé una pulsera de hilo que me había regalado en el cofrecito que tenía en el cajón de las bragas y escribí «gafotas» con boli. Desde entonces no he podido estar con ningún hombre que llevara gafas.

Habitualmente no solía reparar en la existencia de esas cajas, ni siquiera les echaba un ojo cuando guardaba una nueva. Pero ese día fue diferente, me di la vuelta y destapé la caja de Pandora. Por primera vez cogí una de ellas, la número dos: «egocéntrico narcisista», retiré el precinto y comencé a sacar peluches, libros, entradas de cine y hasta una bufanda que, tras años encerrada, conservaba parte del amaderado aroma a Connor. Al fondo estaba un álbum que resumía uno de los últimos viajes que hicimos. Celebrábamos nuestro cuarto (y último) aniversario en Alicante,

por supuesto el destino no era casualidad, su mejor amigo Lucca se había mudado a vivir allí por amor. Había conocido a Ana el verano anterior y, tras un año de relación entre España e Inglaterra, pensó que sería buena idea terminar la carrera de Bellas Artes en la Universidad de Valencia. Se conocieron en la piscina, en el clásico encuentro que solo ocurre en las películas: ella se resbaló en la escalera y cayó al agua tras darse un fuerte golpe en la rodilla, Lucca fue a sacarla y Cupido hizo el resto. Por esa razón, nosotros pensábamos que sería un amor para siempre, «una historia para contar a sus nietos», solíamos decir. Pero ahora la historia sería otra.

Iba a cerrar la caja cuando apareció como de la nada un posavasos escrito a boli por la parte de atrás: «Yo, Connor Wells, prometo casarme con la chica rubia de la barra a la edad de treinta años. Firmado: Connor».



UN VINO BLANCO, POR FAVOR

El día que Connor y yo nos conocimos yo tenía dieciocho años recién cumplidos y salía a tomar unos vinos con mi amiga Jane, la guapa Jane. Cuando tu mejor amiga es más alta que tú, más rubia, extrovertida y tiene mejor culo, la vida en Londres un sábado por la noche es dura, principalmente porque nadie se para a charlar con una chica que «parece interesante». Entramos en nuestro bar favorito de primera hora, *The Moon Under the Water*, y fue nada más cruzar la puerta cuando mis ojos verdes se clavaron en unos ojos azules que se escondían detrás de la barra.

—Jane, ¿ese camarero es nuevo?, ¿le conoces?

—Ni idea —dijo acelerando el paso hacia la zona donde él se encontraba sirviendo.

Tras un buen rato esperando e ignorando (literalmente) al resto de trabajadores que pretendían tomarnos nota, él se giró hacia nosotras. Con paso lento y una media sonrisa muy atractiva se fue acercando hasta que sus carnosos labios rozaron mi oreja. El cosquilleo que comenzó allí se fue apoderando de mi cuerpo bajando lentamente por mi estómago hasta situarse justo entre mis piernas.

—¿Te pongo algo?

¡Claro que me pones! Afortunadamente, por aquella época mi cerebro era más consciente y capaz de filtrar determinados comentarios. Medio muda y tartamudeando logré responder.

—Dos vinos blancos, por favor. —El camarero asintió deslizando su nariz por mi rostro hasta juntarla con la mía. Después dio un giro rápido y comenzó a preparar las bebidas.

Jane, boquiabierta, tampoco pudo pronunciar palabra hasta que el atractivo *bartender* volvió a nosotras con un vino blanco y una copa con hielos de algo que parecía un cóctel.

—Vino blanco, limonada, rodajas de limón y hielo —dijo mirándome.

—Había pedido un vino blanco —reclamé dudando si probarlo o no.

—Una chica como tú nunca debería beber algo tan vulgar como un vino blanco inglés. —La expresión de mi rostro dejó ver que no me había convencido—. Espera, ja, ja. ¡No le he echado ninguna droga! —Ahora sí que aceptaría un cóctel con drogas; podéis meter un termo en la tarta junto con la lima y el esmalte que me mandéis a la cárcel.

Connor le dio un sorbo con una pajita y me lo volvió a acercar.

—Te gustará, si no, te regalo el vino, prometido.

El tío estaba tan bueno que no pude rechazar ni uno de los diez cócteles molotov que me lanzó, así que la noche terminó en la puerta trasera del bar vomitando. Un bonito espectáculo para el que debía ser el hombre de mi vida. Aunque él se empeñó en acompañarme a casa, Jane se lo quitó de la cabeza. A la mañana siguiente, cuando todo parecía un sueño, salió de la parte trasera de mi pantalón aquel posavasos escrito con lo que parecía ser toda una declaración de intenciones.



BAJO UNA TIRITA DESGASTADA

Todas las mujeres necesitan una amiga especial, alguien que esté ahí para sostenerles el cabello cuando quieran vomitar. En la ingenuidad de su juventud y hasta bien entrada su madurez, Alice creía que esas amistades durarían para siempre, que las promesas se cumplirían. Parecía inconcebible vivir sin esa persona, a veces Jane, otras su querido e incondicional Chris, pero la realidad era que cuando alguien desaparecía, en el mejor de los casos solo quedaba su fotografía en la chimenea y un ramillete de siempreviva sobre una esquela. O, al menos, eso era lo que ella sentía en la soledad de su celda gris, que todas las personas importantes que la habían acompañado durante su vida habían muerto.

Dentro de las rejas, la equivalente de Jane para Alice era Thais. Aunque eran muy diferentes entre sí, desempeñaban el mismo papel: apoyarse mutuamente, sonreír, escucharse y meterse en problemas juntas. Alice nunca habría imaginado tener una amiga de Seven Sisters, a pesar de estar tan cerca de Enfield, un suburbio al norte de Londres en el que Alice solía vivir. Seguramente se habían cruzado en alguna ocasión, pero ella estaba demasiado absorta en sus problemas del primer mundo como

para considerar que la gente a la que miraba a los ojos por la calle también podía tener sus propios dilemas.

Thais no era una princesa de cuento de hadas, no por su situación en la cárcel, ninguna llevaba con elegancia el uniforme, pero Thais nunca había sido dulce, tampoco antes. No había salido de Londres y nunca lo haría. Sin embargo, de manera paradójica, ambas se encontraban juntas allí, habiéndole quitado la vida a alguien por el bien de otra persona. En aquel momento que cambió sus vidas, ninguna de las dos pensaba en sí misma, creían que estaban haciendo lo correcto.

El día en que Alice conoció a Thais, ya llevaba tres años en la cárcel y se sentía bastante sola. Pasaron los primeros treinta minutos en silencio, sentadas una al lado de la otra, saboreando la crema de verduras en el comedor. Cada vez que Alice miraba a los ojos de Thais, desde el primer día, podía ver un inmenso dolor que se podía palpar y que nunca había contemplado antes. Estar en la cárcel tenía su parte positiva; al menos para Alice, quien desde el momento en que cruzó la puerta sintió que se reconciliaba con la sociedad, para ella fue una forma de penitencia que apaciguaba los pocos remordimientos que arrastraba. Sin embargo, Thais no estaba en paz. Detrás de su imagen de chica callejera y desafiante se escondía un espíritu arrepentido. Su alma siempre iba por libre, y eso era lo único que la unía a los anhelos de libertad, un pequeño corazón que latía bajo una tiritita desgastada.

El primer día que la vio, Alice decidió romper el hielo que la envolvía. Quería saber más sobre esa tristeza que veía en los ojos de aquella mujer llamada Thais que, aparentemente, era tan frágil como un cristal a punto de romperse. Ese día en el comedor, cuando la pequeña joven albina de ojos claros se sentó junto a ella, Alice intentó consolarla sin saber si realmente era oportuno

hacerlo: «Sé que esto parece muy deprimente, pero te prometo que no está tan mal. Es como estar en un instituto solo para repetidores, ¿tú fuiste repetidora?». Comenzó a reír a carcajadas forzadas, solo porque había leído en algún sitio que la risa se contagiaba fácilmente, y esperó que la respuesta de aquella joven fuera la misma. Pero no lo fue. En lugar de ello, Thais suspiró.

La historia de la mujer que se iba a convertir en el apoyo principal de Alice le conmovió mucho, hasta el punto de mimetizarse con sus sentimientos y dejar aflorar una capacidad de empatía que había mantenido enterrada desde que cruzó las rejas. Cuando Thais apuntó a la espalda de su padrastro y apretó el gatillo, sabía que su madre dejaría de sufrir para siempre, o al menos su sufrimiento se aliviaría considerablemente. Los moretones desaparecerían y nunca más tendría que gritar de dolor. Las dos amigas creían firmemente que matar a un ser humano para ayudar a otro es un acto de generosidad, que renunciar a la propia libertad para que otra persona pueda respirar tranquila es el *summum* del altruismo. Por eso, Alice la apreciaba, porque era auténtica y libre.

«Aunque todo lo hice por ella, cree que soy un monstruo y nunca me lo perdonará», confesó Thais con la voz temblorosa. Esas palabras resonaron en el corazón de Alice. Comprendió que detrás de su apariencia de rebeldía se escondía una joven que buscaba desesperadamente una segunda oportunidad. «Debes perdonarte tú, nadie más». Las dos mujeres conectaron y a partir de ese momento se convirtieron en un apoyo fundamental, una amiga en quien confiar y compartir los altibajos de la vida en prisión.

